

Amores confinados

Virginia Hernández

Personajes: Él y Ella o Él y Él o Ella y Ella, Ellas, Elles, Ellxs, Ell@s... ¡ELLOS!

La sala: tarde-noche, después de la jornada de trabajo



Ellos entran a su casa. Cierran la puerta con llave, se miran por un momento, luego se acercan para abrazarse, se detienen y se sacan la ropa hasta quedar en interiores. Abren la puerta y arrojan afuera prendas y zapatos para que inmediatamente vuelvan a cerrar con llave la puerta. Intentan de nuevo el abrazo, pero vuelven a detenerse; apresuradamente Él o Ella entra al baño y un momento después se escucha el chorro del agua del lavabo, luego, sonido de gárgaras, cepillado de dientes y escupitajo. Mientras tanto, el Otro o la Otra entra a la recámara y regresa con bata de casa, chanclas, pantuflas o lo que prefiera usar; se desvía a la cocina y regresa con una manzana; se tumba en el sofá, prende la televisión y revisa su celular mientras muere

la fruta. Él o Ella regresa y mira inquisitivamente al Otro o a la Otra; menea la cabeza en señal de desaprobación y exclama: —¡QUÉ BÁRBARO(A)!— El Otro o la Otra, baja la mirada; abochornado(a) entra al baño y un momento después se escucha el chorro del agua del lavabo, luego, sonido de gárgaras, cepillado de dientes y escupitajo. Mientras tanto, Él o Ella, entra a la recámara y regresa con bata de casa, chanclas, pantuflas o lo que prefiera usar; toma la manzana que dejó el Otro o la Otra sobre la mesita de centro, se tumba en el sofá, frente al televisor encendido y revisa su celular mientras muerde la fruta. El Otro o la Otra regresa a la sala, se ha envuelto en la cortina de baño, y usa una gorra plástica, un tapabocas, los guantes de hule para lavar el inodoro y unas botas de las que se usan para la lluvia. Él o Ella, levanta la vista, se asusta, luego, suelta la carcajada con sarcasmo, el Otro o la Otra, baja la mirada. Abochornado(a) regresa al baño, mientras Él o Ella, exclama, sin dejar de burlarse: —¡OYE! ¡ESPÉRATE! ¿CÓMO FUE QUE SE TE OCURRIÓ...?— carcajada que le dobla el cuerpo, se atraganta con la manzana, tose, siente que se ahoga, desesperación.

La cocina: la mañana, antes del desayuno

El Otro o la Otra en bata y pantuflas o chanclas o lo que prefiera usar, hurga en el refrigerador; extrae algunos vegetales y huevos. Él o Ella, en bata y pantuflas o chanclas o lo que prefiera usar, entra a la cocina, llega hasta una línea roja que tienen en el piso para guardar distancia y mira al Otro o a la Otra y exclama: —¡¿HUEVOS?! ¡¿OTRA VEZ?!— El Otro o la Otra, se acerca hasta la línea y se enfrenta a Él o a Ella, ambos sostienen la mirada por un momento. Él o Ella exclama: —¡¿QUEEÉ!? ¡SABES QUE NO ME GUSTAN!—, entonces el Otro o



la Otra regresa los alimentos al refrigerador y cierra la puerta con fuerza, masculla algo ininteligible, extrae de la alacena una sopa de vaso, se la prepara y se dispone a desayunar; mientras Él o Ella abre el refrigerador, saca los vegetales y los huevos y se prepara su desayuno; se sienta a la mesa frente al otro, cada uno(a) en su cabecera. Ambos comen en silencio.

La recámara: de madrugada. En el insomnio

Ambos acostados en la cama, uno en cada orilla, el Otro o la Otra intenta conciliar el sueño, da vueltas y busca la mejor manera de estar para dormir, sin lograrlo; mientras Él o Ella, duerme apaciblemente. El Otro o la Otra busca la forma de incomodar a Él o a Ella para despertarlo(a): ruidos, movimientos bruscos, empujones... luego, se levanta de un salto, enciende la luz de la recámara, vacía el cajón de la ropa interior en la cama y se pone a doblar cada prenda meticulosamente; mientras Él o Ella continúa durmiendo. El Otro o la Otra exclama: —¿NO TIENES NADA QUE DECIRME?!— Se para frente a Él o a Ella y le grita: —¡MÍRAME!—; Él o Ella no se mueve; un momento de silencio, no hay respuesta, vuelve a meter la ropa en el cajón, lo cierra, apaga la luz y se acuesta. Él o Ella cambia de posición y sigue durmiendo.

La calle: tarde-noche. Después de la compra de la despensa. Lluve

Él o Ella camina con prisa por una calle fría, solitaria y oscura. Usa cubrebocas, guantes y una chamarra, trae bolsas con víveres y un periódico que le ha servido para cubrirse un poco de la lluvia. Se detiene frente a la reja de su casa, la empuja,

pero esta no cede; tiene puesta la cadena y el candado; se busca la llave, no la encuentra, se extraña, grita, los perros ladran, mientras el Otro o la Otra se asoma por la ventana. Él o Ella avienta los víveres adentro del jardín y como puede, salta la reja. Llega a la puerta, toca; no recibe respuesta. Toca más fuerte. Permanece en el quicio, está empapado(a). Va a la ventana se sube al pretil y se asoma. El Otro o la Otra, escucha ruidos, se acerca a la ventana de nuevo y mira fijamente a la calle oscura, mientras Él o Ella que se mantiene pegado(a) al vidrio, con la cara descompuesta, grita: —¿¡NO ME MIRAS!?! ¡ÁBREMEL!—. El Otro o la Otra, cierra la persiana. Él o Ella espera un momento y se descuelga. Piensa en la lluvia y el frío que le traspasa la chamarra. Piensa en que esa noche dormirá en el quicio de la puerta. Piensa en la separación inminente, en los años compartidos y en el tiempo que falta para concluir la cuarentena.

El quicio de la puerta. Una hora después

La puerta se abre, a contraluz se vislumbra la figura del Otro o la Otra. Él o Ella, frente a la puerta, empapado(a) con su bolsa de víveres y su cubrebocas. Se miran, se sostienen la mirada, se retan, luego, en un impulso, finalmente se abrazan.

Ensenada, Baja California. Abril, 2020.

